

Olas

Jonay Méndez Márquez

Image not found.

Capítulo 1

El bebé cayó en el agua.

Con las cinco primeras olas, el indefenso pequeño aprendió a sumergirse en el vaivén de los problemas.

Con las diez primeras olas, el pequeño incauto recibió los golpes de la ignorancia.

Con las quince primeras olas, el joven desagradecido sufrió la ira de la despiadada marea.

Con las veinte primeras olas, el herido joven trató de sacar su cabeza de aquel asfixiante manto azul.

Con las veinticinco primeras olas, el crecido joven escuchó el ruido de las cadenas romperse sobre el murmullo del agua.

Con las treinta primeras olas, el hombre sintió el peso de las olas caer sobre sus hombros.

Con las treintaicinco primeras olas, el confuso hombre intentó ver lo que tiempo atrás había podido observar con claridad.

Con las cuarenta primeras olas, el agobiado hombre pataleó en contra de la corriente en busca de equilibrio.

Con las cuarentaicinco primeras olas, el dolorido hombre afrontó las profundidades e intentó asimilar la presión.

Con las cincuenta primeras olas, el cansado hombre estiró los brazos hacia la superficie, viendo la débil luz reflejándose sobre las transparentes olas.

Con las cincuentaicinco primeras olas, el experimentado hombre trató de mover sus desgastadas piernas para no tocar el fondo al que peligrosamente se acercaba.

Con las sesenta primeras olas, el envejecido hombre cedió antes las corrientes de agua que le empujaban hacia abajo.

Con las sesentaicinco primeras olas, el envejecido trabajador sintió como los hilos de agua se desvanecían entre sus delgadas manos.

Con las setenta primeras olas, el joven anciano abrió los ojos repetidas veces para poder seguir viendo la luz que se proyectaba desde el cielo y

que calaba entre las olas.

Con las setentaicinco primeras olas, el dolorido anciano pataleó como el joven niño que una vez fue e intentó luchar una última vez contra la presión.

Con las ochenta primeras olas, el anciano vio como los recuerdos sin importancia se desvanecían a la vez que las injustas ilusiones se agolpaban en su mente.

Con las ochentaicinco primeras olas, el luchador estiró sus brazos de nuevo hacia la agitada superficie.

Con las noventa primeras olas, el superviviente aguantó las últimas brisas de oxígeno que permanecían en sus pulmones.

Con las noventaicinco primeras olas, el anciano se impulsó una última vez y estiró su brazo hacia la luz que reflejaban las olas.

Y con las cien primeras olas, el bebé salió a la superficie.

Sus grandes ojos brillaron con el destello de nuevas ilusiones y su cuerpo se mantuvo ligero sobre la peligrosa marea que había querido derrumbarle. Su piel recibió el tranquilizador mensaje del sol.

Y mientras las experiencias pasaban a su alrededor, sus pequeños pies bailaron al son de aquella esperanzadora canción.

Nunca más, pasase lo que pasase, debía ceder ante la presión.